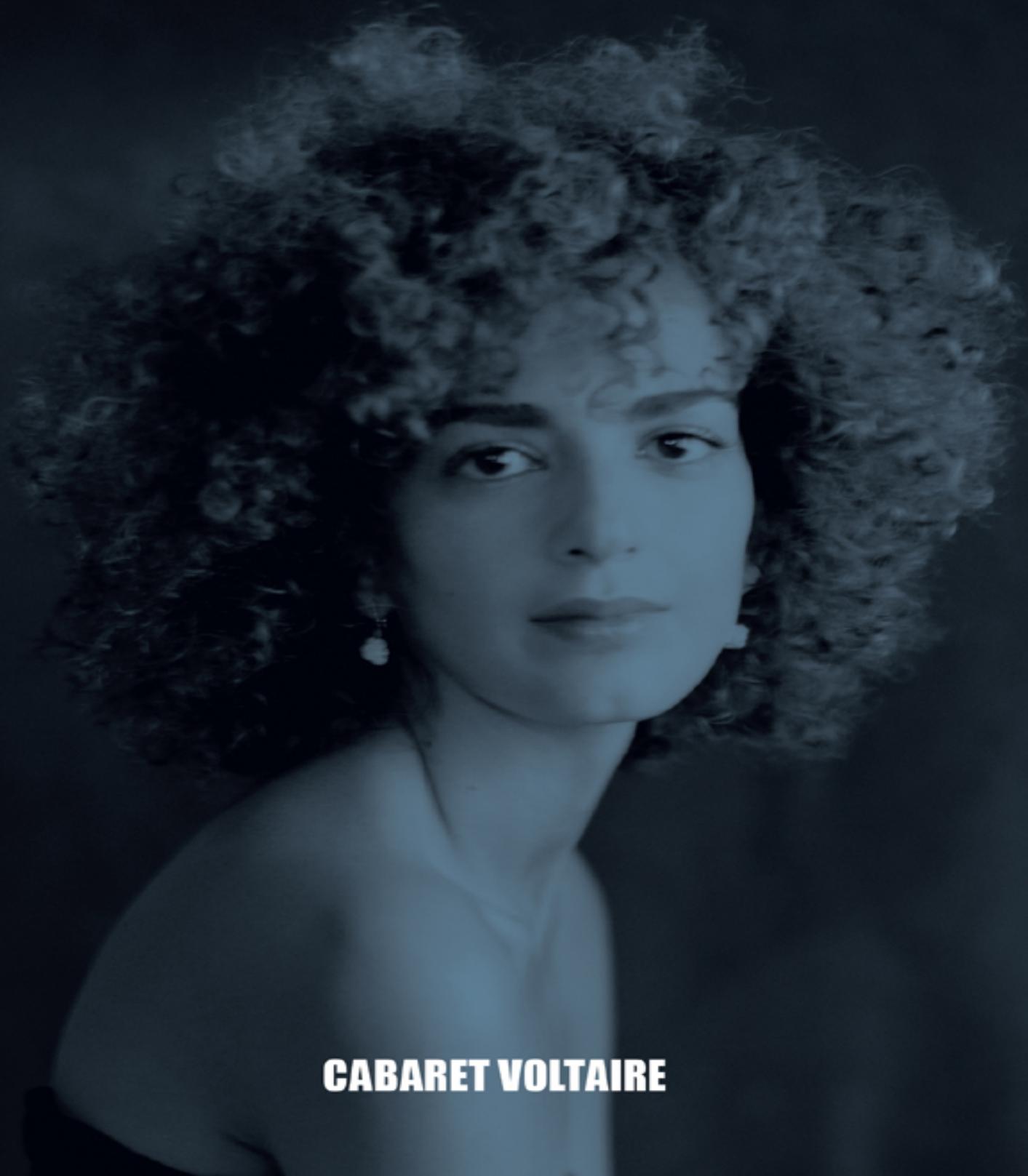


Leila Slimani

El perfume de las flores de noche



CABARET VOLTAIRE

EL PERFUME DE LAS
FLORES DE NOCHE

LEILA SLIMANI

EL PERFUME DE LAS
FLORES DE NOCHE

TRADUCCIÓN
MALIKA EMBAREK LÓPEZ

CABARET VOLTAIRE
2022

PRIMERA EDICIÓN *febrero 2022*
TÍTULO ORIGINAL *Le parfum des fleurs la nuit*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©2021 Éditions Stock
©de la traducción, 2022 Malika Embarek López
©de esta edición, 2022 Editorial Cabaret Voltaire SL

IBIC: DN
ISBN-13: 978-84-19047-11-3
PRODUCCIÓN DEL EPUB: booqlab

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid

Cubierta: retrato de Leila Slimani
©Paolo Roversi / Art + Commerce

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Si la soledad existe, lo que ignoro,
podríamos entonces soñar con ella
como con un paraíso.

ALBERT CAMUS

Donde hay arte no hay vejez ni
soledad ni enfermedad, e incluso la
muerte es solo la mitad de sí misma.

ANTÓN CHÉJOV

A Jean-Marie Laclavetine, que me ha hecho nacer como escritora

A mi amigo Salman Rushdie

PARÍS, DICIEMBRE DE 2018

Si quieres escribir una novela, la primera norma es saber decir no. No, no iré a tomar esa copa. No, no puedo cuidar de mi sobrino enfermo. No, no estoy libre para una comida, una entrevista, dar un paseo, ir al cine. Hay que saber decir no tantas veces que al final las invitaciones escasean, el teléfono deja de sonar y hasta lamentas recibir por correo electrónico solo mensajes publicitarios. Decir no conlleva que te consideren una misántropa, una arrogante, enfermizamente solitaria. Que alces a tu alrededor un muro de rechazo contra el cual se estrellarán todas las ofertas. Eso me dijo mi editor cuando empecé a escribir novelas. Eso leía en los ensayos sobre literatura, desde Roth a Stevenson, pasando por Hemingway, quien lo resumía de manera simple y anodina: «Los mayores enemigos de un escritor son el teléfono y las visitas». Y añadía que, de todos modos, una vez que adquieres la disciplina, y la literatura se ha convertido en el centro, el núcleo y el único horizonte de tu vida, la soledad se impone. «Los amigos mueren o desaparecen, hartos quizá de nuestros rechazos.»

Llevo varios meses obligándome a ello, a aplicar las condiciones de mi aislamiento. Por la mañana, cuando los niños ya están en el colegio, subo a mi despacho y no salgo de él hasta bien entrada la tarde. Apago el teléfono, me siento en el escritorio o me tiendo en el sofá. Acabo teniendo frío y, a medida que pasan las horas, me pongo un jersey, luego otro encima y termino enrollada en una manta.

La superficie del despacho es de tres por cuatro metros. En la pared a mi derecha, una ventana da a un patio desde donde llegan los olores de un restaurante. Olor a detergente o a lentejas con tocino. Enfrente, un largo tablero de madera que me sirve como mesa de trabajo. Las estanterías están hasta los topes de libros de historia y recortes de prensa. En la pared a mi izquierda, he pegado notas adhesivas de diferentes colores. Cada color

corresponde a un año. El rosa, a 1953; el amarillo, a 1954; y el verde, a 1955. En esas notitas he escrito el nombre de un personaje o una idea de escena. Mathilde en el cine. Aicha cruzando los campos de membrillos. Un día de inspiración, establecí la cronología de esta novela en la que estoy trabajando y que aún no tiene título. Narra la historia de una familia en la pequeña ciudad de Meknés, entre 1945 y la independencia del reino. Un plano de 1952 está extendido en el suelo. Se ven claramente los límites entre la medina árabe, el *mellah* judío y la ciudad europea.

Hoy no es mi día. Llevo sentada varias horas en la silla, y los personajes no me hablan. No se me ocurre nada. Ni una palabra, ni una imagen, ni el inicio de una música que me arrastre para colocar frases en la página. He estado fumando toda la mañana. Demasiado. He perdido tiempo navegando por internet, me he echado un sueñecito. Nada, no hay forma. Escribí un capítulo y luego lo borré. Me viene a la mente esa historia que me contó un amigo. No sé si será verdad, pero me gustó mucho. Parece ser que, mientras redactaba *Anna Karénina*, Tolstói tuvo una profunda crisis de inspiración. Pasó varias semanas sin escribir una sola línea. El editor le había adelantado una suma, considerable para la época, y, preocupado pues no contestaba a sus cartas, decidió tomar un tren e ir a averiguar qué pasaba. Cuando llegó a Yásnaia Poliana, el novelista lo recibió, y, al preguntarle el editor cómo iba con el trabajo, Tolstói respondió: «Anna Karénina se ha ido. Estoy esperando a que regrese».

Nada más lejos de mí que la idea de compararme al genio ruso, ni ninguna de mis novelas a sus obras maestras. Pero esa frase me obsesiona: «Anna Karénina se ha ido». A mí también me parece que mis personajes a veces huyen de mí, se van a vivir otra vida y regresarán cuando así lo decidan. Se muestran totalmente indiferentes a mi desamparo, a mis súplicas, indiferentes incluso al amor que les tengo. Se han ido y debo esperar a que regresen. Cuando están aquí, los días pasan sin sentir. Murmuro ideas, escribo lo más rápido que puedo, pues temo que mis manos no sigan el ritmo del hilo de mis pensamientos. Siento pánico de que algo quiebre mi concentración, como un funámbulo que cometiera el error de mirar hacia abajo. Cuando están aquí, mi